



CIUDADANÍA Y VALORES
FUNDACIÓN

LA VERDADERA REFORMA LABORAL:
OLVIDAR LA REVOLUCIÓN
INDUSTRIAL

Miguel Córdoba

Profesor Agregado de Economía Financiera

Universidad CEU-San Pablo

Octubre 2011



La Fundación Ciudadanía y Valores como institución independiente, formada por profesionales de diversas áreas y variados planteamientos ideológicos, pretende a través de su actividad crear un ámbito de investigación y diálogo que contribuya a afrontar los problemas de la sociedad desde un marco de cooperación y concordia que ayude positivamente a la mejora de las personas, la convivencia y el progreso social

Las opiniones expresadas en las publicaciones pertenecen a sus autores, no representan el pensamiento corporativo de la Fundación

Sobre el autor

Miguel Córdoba es Profesor Agregado de Economía Financiera en la Universidad CEU-San Pablo y combina la actividad docente con la empresarial, actualmente es Director Financiero del Grupo Naturhouse – Kiluva.

Desarrolló su carrera profesional dentro del BBV desempeñando diferentes cargos como: Director de Análisis de la Competencia dentro de la Dirección Financiera del banco; Director Financiero de Adqira España, S.A., “joint-venture” entre los grupos Telefónica, BBVA, Repsol e Iberia, para creación de una plataforma de comercio electrónico B2B; Director Financiero de BBV Interactivos, S.V.B; Director de Promoción de Negocio de Tesorería y Mercado de Capitales, entre otros.

Es miembro del Comité Consultivo de la Fundación Ciudadanía y Valores.

A principios del siglo XIX, se produjo uno de los fenómenos más importantes de la Historia, cuando se puso en marcha la primera revolución industrial. Millones de personas dejaron sus aperos de labranza y se encaminaron hacia las minas, ferrocarriles y demás grandes empresas que nacieron al amparo de un nuevo modelo de sociedad, en el que se hablaba un nuevo lenguaje dominado por la división del trabajo, la productividad, las economías de escala, el capital social y el beneficio empresarial.

El liberalismo económico del siglo XIX, la denominada explotación de las masas y situaciones tan deleznable como el régimen de “truck” o el trabajo infantil en las minas trajeron consigo el “Manifiesto Comunista”, la lucha de clases, los sindicatos, la revolución rusa y otros eventos que caracterizaron fundamentalmente la vida económica y social del siglo XX.

El modelo capitalista en sus variadas acepciones ha navegado surcando las procelosas aguas del siglo XX, jalonado por dos guerras mundiales, una no menos dolorosa guerra fría y numerosos conflictos regionales, en pugna permanente con el modelo de planificación centralizada que durante décadas sacrificó el bienestar de varias generaciones de una parte de los europeos en un proyecto sin sentido económico para, finalmente, no poder resistir la marejada, sucumbiendo a los avatares de un océano económico agitado por las tormentas políticas y financieras que están caracterizando nuestra existencia en las últimas décadas.

Hemos de admitir que el problema de empleo que nos atañe es mucho más profundo de lo que se esperaba. Durante dos siglos, la simbiosis de capital, trabajo y tecnología consiguió dar trabajo a los obreros y beneficio a los empresarios. Los ejércitos de trabajadores acudían puntualmente a su cita diaria en la que intercambiaban su trabajo por un salario con el que poder comprar alimentos y tener una vivienda. Los empresarios vendían sus productos con el margen necesario a los trabajadores y hacían crecer las empresas.

Este modelo, que parecía ser tan estable y asumido por el mundo occidental, tenía como premisa fundamental el hecho de que los trabajadores fueran necesarios para obtener el producto final de la empresa. Sin embargo, los avances de la robótica y de la informática en general, han ido sustituyendo en los últimos treinta y cinco años trabajo humano por trabajo mecánico, que ni cobra salario, ni hace pagar seguridad social, ni tiene absentismo, ni vacaciones y además, trabaja de noche y no comete errores.

Las empresas prescindieron de parte de sus trabajadores y se dedicaron a producir en serie con costes cada vez menores, mientras que los trabajadores comenzaron a quedarse inactivos y sin una misión concreta que realizar. Pero después de un cierto tiempo las empresas no eran capaces de vender todo lo que podían producir, puesto que los trabajadores no tenían los ingresos necesarios para comprar sus productos.

Y llegó la recesión; y al final el desempleo ha comenzado a asolar la economía capitalista y grandes masas de trabajadores, con escasa o nula cualificación, demandan un lugar en una sociedad cada vez más competitiva, que ni entienden ni quieren entender. Se encierran en sus respectivos micromundos y periódicamente lloran al Estado para que les aumente los subsidios, incrementando el déficit público y haciendo que la renta disponible de los que todavía tienen empleo sea más exigua al tener que soportar unos impuestos crecientes y cada vez más injustificados.

Pero el problema es mucho más grave para los jóvenes, sobre todo para los que creyeron a pies juntillas los consejos de padres, amigos, mentores y demás, en el sentido de que debían hacer una carrera universitaria y luego un master, y así tendrían un trabajo estupendo, en el que ganarían mucho dinero y podrían llegar a donde quisieran. Y la realidad no puede ser más opuesta. Lo que se enseña en las universidades no entroniza en general con lo que demanda el mercado de trabajo, y cuando acaban los estudios lo que les espera cuando tienen suerte es un empleo de becario en el que reciben 300 € al mes por hacer jornadas de doce horas, y que salvo honrosas excepciones, se acaba pasados unos meses, siendo sustituidos por nuevos becarios de la siguiente promoción.

No, no es fácil conseguir trabajo en la sociedad del siglo XXI; se puede conseguir cultura estudiando lo que a uno le gusta, pero tener una buena formación cada vez significa menos de cara a conseguir ganarse la vida.

Las raíces del paro en las economías occidentales.- Podemos afirmar que siempre que una civilización ha tenido un cierto esplendor a lo largo de la Historia ha sido porque ha contado con mano de obra barata. Los antiguos imperios del Mediterráneo tenían esclavos, al igual que las monarquías feudales con los siervos de la gleba o los terratenientes sudistas con los negros africanos. El capital y la riqueza se generaron con costes bajos de producción y, a partir de ahí, se alimentaron a sí mismos.

Durante la revolución industrial, los trabajadores por cuenta ajena sustituyeron a esclavos y siervos, cambiando el trabajo por dinero; al principio en cantidades solamente suficientes para la supervivencia pero, poco a poco, la necesaria especialización de trabajos cada vez más sofisticados hizo que lo que un día se denominó proletariado sufriera una transformación, pasando paulatinamente una buena parte de sus miembros a engrosar las filas de la denominada clase media, que ha ido demandando más y más ingresos y más tiempo libre para dedicarlo a su ocio.

El crecimiento del desempleo no es nuevo en las economías europeas. Sin embargo, en los últimos años se están produciendo algunos hechos que nos hacen atisbar una mutación de esta epidemia, que la hace resistente a las tradicionales políticas macroeconómicas.

De entrada, vemos que los puestos de trabajo que desaparecen en Occidente son sustituidos en otros países subdesarrollados por otras personas de filosofía distinta, que aceptan trabajar muchas horas al día por un salario escaso, cuando no por un simple cuenco de arroz. Y es que la revolución industrial no se produjo en todos los países al mismo tiempo, y en estos momentos hay comunidades que todavía esperan su propia revolución industrial.

Por otro lado, las grandes multinacionales se han convertido en auténticos estados económicos soberanos cuyas decisiones muchas veces hacen temblar a los dirigentes de los países, habida cuenta de los efectos que tienen en el empleo y en el bienestar de los ciudadanos. Y fueron ellas las que decidieron producir la tecnología en los países de Occidente y utilizar las masas de trabajadores no cualificados en los países no desarrollados, con lo que abarataron notablemente los costes de producción y pudieron vender sus productos en Occidente con márgenes de beneficio importantes. El problema les ha surgido cuando algunos de esos países han entrado en vías de desarrollo y han reclamado su parte del pastel. Países como China, India o Brasil no quieren trabajar para las multinacionales, prefieren crearlas y llevarse todo el pastel.

En paralelo, las clases pasivas están ahogando los presupuestos de los países occidentales. Las tasas de natalidad decrecientes hacen que cada vez menos personas productivas tengan que aguantar los crecientes costes de personas no productivas. Y esas tasas de natalidad decrecientes, provocadas por los intentos del subconsciente de las comunidades occidentales de auto-regularse ante las dificultades de sus integrantes para hacerse un hueco en las competitivas estructuras de los mercados laborales occidentales, están haciendo que se genere un enorme abismo entre los denominados países del Norte y los países del Sur, incapaces estos últimos de contener una procreación permanente, cuyas raíces se basan por un lado en una necesaria estructura familiar capaz de generar la mano de obra no retribuida que permita mantener unos mínimos de subsistencia, y por otro lado, en tradiciones y aspectos bien religiosos bien socioculturales que hacen que tener el mayor número de hijos se vea como un valor diferencial positivo en esas comunidades.

Hemos llegado a principios del siglo XXI con un curioso entramado socioeconómico del que resulta difícil salir. Por un lado, los denominados Estados sociales se ven obligados a repartir subsidios entre las masas desfavorecidas para que sus líderes políticos se mantengan en el poder con los votos que obtienen por sus dádivas. Por otro lado, los crecientes impuestos necesarios para el mantenimiento de esa denominada Economía del Bienestar producen una regresión en el nivel de vida de las clases medias, que asisten indefensas al triste espectáculo de su reconversión a una capacidad adquisitiva inferior a la que aspiraban después de años de trabajo, formación y esfuerzo personal.

La política económica basada en un Estado social ha producido fuertes incrementos del déficit público; déficit que tiene un elevado componente estructural, habiéndose generado a lo largo de los años y al margen de una coyuntura específica; y lo que es peor, que tendrá que mantenerse en un futuro si se quiere mantener el actual nivel de bienestar de los ciudadanos. Como el déficit se incrementa, hay que financiarlo; y el Estado demanda cada vez más fondos de los ahorradores, incrementando si es preciso los tipos de interés, y no teniendo en cuenta para nada a las empresas privadas, que son expulsadas sin piedad de los mercados de capitales, su tradicional fuente de financiación.

A cualquiera de nosotros nos gustaría ver el discurso de un político al uso, en el que nos explicara no como va a reducir el déficit para seguir gastando más de lo que se ingresa, pero menos que su antecesor; sino cómo se va a pagar la enorme deuda acumulada por los gobiernos anteriores. Y es que **los políticos estatales, autonómicos y locales de cualquier partido han asumido que la deuda pública no se va a pagar nunca**. Se conforman con pagar los intereses y que no crezca demasiado en su relación con el Producto Interior Bruto. Cualquier persona que pide un préstamo asume que va a tener que pagar los intereses y una parte del principal periódicamente, hasta que consiga amortizar la deuda; pero nuestros políticos, no. Ninguno ha preparado un plan de equilibrio presupuestario en el que se considere como una de las partidas de destino de los ingresos recaudados, la amortización parcial de la deuda pública emitida, aunque sólo fuera del 1% anual. Y es que vivimos una farsa, una gran farsa, en la que los políticos al uso actúan de protagonistas, y los espectadores asistimos a la enésima representación sin que podamos movernos de nuestros asientos porque no nos dimos cuenta de que teníamos que comprar una entrada tras otra para ver el mismo espectáculo, hasta que el dinero desapareciera de nuestras faltriqueras. Pero claro, así los farsantes podían seguir cobrando por hacer una representación tras otra.

Es obvio, al menos a nuestro juicio, que esta situación no puede continuar por mucho tiempo y que el modelo actual acabará rompiéndose por algún sitio. Y es que el ciclo se ha agotado; un gran ciclo económico que nació a finales del siglo XVIII con las ideas de Adam Smith, se enriqueció con el pensamiento de Ricardo y de Stuart Mill, y tomó cuerpo de ciencia con Marshall, Walras y Keynes.

Pero, ¿en qué y quién o quiénes han fallado? Hace cuarenta y cinco años, se vivía una euforia capitalista sin precedentes en los países occidentales; parecía que la economía de mercado, tal y como estaba concebida, era la panacea universal que llevaría a la humanidad a un Estado de bienestar absoluto, en el que todos podríamos vivir felices para siempre, siguiendo la doctrina de la mano invisible auspiciada por los economistas de la Escuela de Chicago. Sin embargo, esto no ha sido así. Para buscar las causas es preciso que nos remontemos a 1944, cuando ya estaba claro para todos, menos para Hitler, cuál iba a ser el desenlace de la Segunda Guerra Mundial.

En 1944, en la localidad americana de Bretton-Woods, se celebró una conferencia en la que se confirmó el patrón-oro como guía básica de referencia para el comercio internacional, manteniéndose que las monedas eran expresión de una cantidad de oro. De esta forma, el patrón-oro sujetaba los precios, ya que como no se podían emitir más billetes que el equivalente al oro que se incorporaba al banco emisor, había un control del dinero en circulación.

En la Conferencia de Bretton-Woods se admitió la existencia del patrón-oro a nivel mundial, y que todos los países fijaran libremente la cotización de su moneda en oro, y además, se comprometieran a convertir su moneda en el dorado metal. Como muchos países no tenían oro suficiente, Estados Unidos se comprometió a que el dólar fuera un resguardo de oro, ante las pocas existencias del metal. Todos los países fijaron entonces la relación de cambio de su moneda con el dólar USA, el cual pasó a ser el intérprete de la economía monetaria mundial, puesto que, además de ser emitido por una nación poderosa, tenía convertibilidad garantizada en oro. El dólar pasó a ser un activo de reserva, y los bancos centrales, que tenían que poseer reservas para poder emitir, tenían dólares en vez de oro.

Por otro lado, para reconstruir Europa, hacían falta medios de pago, y las monedas nacionales de los países europeos no tenían ningún valor. Los americanos concedieron préstamos sobre la base de importaciones a su país, poniendo en marcha un mecanismo de liquidez. Pero los dólares se emitían al margen de la cobertura de oro, quedando una masa monetaria tremenda después de la reconstrucción, que no estaba cubierta por el patrón-oro.

En la década de los sesenta comenzó a actuar la inflación en varios países de Occidente, en los cuales empezó a devaluarse su moneda con respecto al dólar; lo único que no se corregía era la unidad de medida, es decir, el dólar. Sin embargo, se produjo inflación en la economía de Estados Unidos, subiendo los precios de todos los bienes y servicios, salvo el del oro, que permaneció inalterable. Con la subida de los precios se incrementó el coste de extracción, superando ampliamente el valor de convertibilidad (32 dólares onza-troy), por lo que en 1971 Francia pidió a Estados Unidos la convertibilidad en oro de los dólares depositados en el Banco de Francia. Entonces Estados Unidos devaluó el dólar, y declaró que esta moneda no era convertible en oro.

En 1973 se rompieron los pactos de Bretton-Woods y comenzó a funcionar el régimen de paridades variables, existiendo flexibilidad en función de la oferta y la demanda de las diferentes monedas nacionales. Ya no había patrón-oro. Con ello, se entraba en una situación monetaria en la que el valor de la moneda no estaba referido a un patrón fijo, siendo la oferta y la demanda quienes fijarían el valor de las monedas, llegándose a un mercado financiero de monedas, el actual mercado de divisas.

Las grandes masas de eurodólares y petrodólares, y en general de papel-moneda emitido por las economías nacionales, sin soporte real de reservas de oro, permitieron

un desarrollo económico sin parangón en la historia económica occidental pero a costa de la asunción de enormes deudas nacionales, de las que se tienen serias dudas en relación con su posible pago. Este desarrollo occidental se produjo tomando como base unas materias primas muy baratas que se obtenían por casi nada de los países subdesarrollados y emergentes. La relación de intercambio entre bienes y servicios de países occidentales y subdesarrollados hizo que en Europa y Estados Unidos se viviera una situación de bienestar absoluto, mientras que en los demás países sólo había pobreza e injusticia social.

El primer toque de atención se dio en los años setenta, cuando comenzó la escalada del precio del petróleo, viéndose arrinconadas por primera vez las economías occidentales. Después, en los años ochenta y noventa comenzaron a subir los precios de otras materias primas. Pero no ha sido hasta la última década, cuando países como China, India, Brasil o Rusia (conocidos como BRIC) han dicho que quieren ocupar su puesto en el contexto internacional, y se han desarrollado de forma notoria, incorporando su propia tecnología y cambiando el epicentro del comercio internacional. La defensa a ultranza del libre comercio ha hecho el resto, ya que los costes laborales en esos países son mucho más bajos que en las economías occidentales, que no se han atrevido a imponer aranceles a los productos que se importan de los países emergentes.

El resultado de todo lo anterior es evidente. Ya no tenemos países “débiles” que nos aporten las materias primas a precio de ganga y que luego compren nuestros productos a alto precio, previamente elaborados por nuestros trabajadores. Ahora, en aquellos países se producen sus productos y los nuestros, y nosotros no tenemos dinero para comprarles las materias primas ni trabajo para nuestros jóvenes. El salario medio de un trabajador chino es de cien euros, mientras que el de un español es al menos diez veces superior. Por eso el trabajador chino tiene trabajo y el español no, y lo que es más importante, el trabajador chino tendrá trabajo en el futuro y el trabajador español nunca lo tendrá, al menos en el contexto económico actual.

Los países occidentales han caído en una trampa de elefantes. Han vivido muy por encima de sus posibilidades, pensando que el “*american dream*” sería eterno, y cuando se han despertado se han encontrado con un océano de deuda, tanto pública como privada, y con una masa enorme de personas en paro que demandan subsidios en lugar de aportar ingresos para tratar de pagar al menos los intereses de la deuda acumulada.

Del Estado del Bienestar al Estado del Malestar.- La primera gran crisis del siglo XXI fue la de las denominadas “punto.com”, que ya avisó de que no se podía valorar cualquier cosa por cualquier precio, y que al final el mercado corrige sus propios fallos de una manera contundente. Pero no aprendieron, y los banqueros de inversiones se inventaron activos cada vez más sofisticados, que luego se calificaron como “tóxicos”, pero que se vendieron como la espuma hasta que una tremenda crisis de la que todavía no hemos salido, y no sé si saldremos, estalló en el año 2007.

Los economistas actuales intentan aplicar políticas monetarias, fiscales o de rentas a la antigua usanza y se sienten defraudados, porque no consiguen contener el desempleo y el déficit público. El elevado endeudamiento generado en la última década, unido a la precaria situación de los bancos y sobre todo de las cajas de ahorros, han contribuido además a destruir el tejido industrial y de empresas de servicios de los países europeos, especialmente los denominados periféricos, convirtiendo a naciones como España en un país en el que conviven jubilados, parados, funcionarios y rentistas, con un reducido número de empresarios y trabajadores que apenas son capaces de cubrir los costes de ese Estado del Bienestar que todos demandan, pero que nadie sabe cómo se va a poder pagar, en particular, porque en estos momentos el 40% del país está pagando sus propios gastos y los de las clases pasivas que constituyen el 60% restante. **Cada trabajador tiene que alimentarse a sí mismo, a su familia y a 1,5 personas más, a elegir entre jubilados, parados o funcionarios.** No hay economía que pueda resistir ese ratio ocupacional durante mucho tiempo.

En este contexto, hemos de tener en cuenta que los documentos conocidos como papel moneda se basan en la confianza de los que los poseen en su valor como unidad monetaria y como activo susceptible de representar una capacidad de compra. Si los inversores institucionales dejan de tener confianza en una moneda, la venden y baja la cotización, provocando problemas económicos de gran alcance que afectan a las empresas y a los trabajadores. La verdad es que si no hubiera sido por el “paraguas” del euro, España, después del desastre de la última legislatura, habría tenido que devaluar otra vez su moneda varias veces, y se habría generado un incremento enorme de precios de las materias primas que necesitamos para el funcionamiento del país, especialmente las energéticas, que nos habría barrido del escenario económico mundial¹.

Los tipos de interés, por su parte, se han mantenido particularmente bajos para las denominadas monedas fuertes en los últimos años, y después de décadas de ser la variable básica de la regulación de las paridades entre las monedas, han visto irrumpir en el escenario una nueva variable, la confianza en la política económica y monetaria del país. La crisis de la deuda ha hecho que ya no se pueda sobornar a los inversores con altos tipos de interés, porque la calidad del producto comprado ha irrumpido con fuerza en los mercados. Y esa calidad se mide cada vez más por la capacidad de los equipos gestores de las economías nacionales. Se busca la creatividad, la capacidad de reacción ante los eventos de un mundo en permanente estado de cambio. No se pueden aplicar al mundo actual los patrones estándar vigentes en una economía estática, como la vivida con anterioridad a la crisis del patrón-oro.

La Revolución Industrial ha sido la Edad Media del individualismo y la creatividad del hombre. Durante siglos los seres humanos se vieron obligados a cazar, pescar, labrar la

¹ Lo que tenemos que agradecerle los sufridos españolitos de a pie a Angela Merkel, por haber sido comprensiva con nuestros representantes políticos en aquella reunión del 9 de mayo de 2010, cuando estuvimos tan cerca de nos expulsarán de la Unión Europea y Monetaria. La canciller germana fue consciente de que bastante teníamos los españoles con soportar los desmanes económicos que se habían hecho en los últimos seis años, como para encima lanzarnos al arroyo. Pero no tentemos a la suerte.

tierra o luchar por su supervivencia. Cada día, cada estación, era una nueva etapa en la que había que utilizar la inteligencia y la astucia para conseguir el sustento diario. Se necesitaba ser creativo, puesto que cada ser humano dependía de sí mismo para ver amanecer el día siguiente.

Desde que se crearon los modernos Estados, con subsidios y seguridad social, las personas se han acostumbrado a la protección del Estado y poco a poco se han olvidado de la lucha por la supervivencia diaria. Y no es malo que haya protección social; lo terrible es que muchos la consideren una profesión.

Durante años hemos asistido en España al triste espectáculo de ver presumir a muchos ciudadanos de cómo trabajaban o hacían que trabajaban unos cuantos meses para vivir del paro el resto del año, mientras que se dedicaban a realizar “chapuzas” varias y cobraban en “negro”. Se ha institucionalizado el facturar parte en “negro” y parte en “blanco” a lo largo de toda la cadena de producción, desde el fabricante hasta el detallista. Y han sido las sufridas nóminas, incapaces de inventar ningún instrumento fraudulento, las que han aguantado el peso de la crisis.

Hace veinte o treinta años, entrar en suspensión de pagos o en quiebra era lo último que le podía ocurrir a un industrial, para el que el prestigio personal estaba por encima de cualquier cosa. Hoy en día, pagan lo que haga falta a un despacho de abogados para presentar un procedimiento concursal y forzar a los deudores a aceptar fuertes quitas para poder cobrar algo.

Y en medio de esta crisis de valores y de ética profesional, nos damos cuenta de que la economía financiera ha generado un enorme agujero, que se alimenta a sí mismo, y que soportan los inversores institucionales y los bancos y cajas de ahorros “pillados” por enormes deudas de grandes empresas constructoras, países soberanos y entes autonómicos y locales, y que probablemente nunca serán pagadas.

¿Qué ocurriría con la Economía del Bienestar si se produjera la tan temida crisis de confianza en el sistema financiero internacional? ¿Cómo pagarían los Estados y organismos supranacionales los salarios de las vastas legiones de funcionarios que esperan plácidamente su sobre mensual detrás de una ventanilla?

Si un día se rompe el “status quo” actual, el maremoto sería de consecuencias irreparables. Por ello, es preciso cambiar el modelo, y comprender que situaciones como la española, en la que en los últimos treinta años se ha pasado de 1,2 a 3,1 millones de funcionarios públicos es impresentable, máxime cuando el aumento de plantilla se ha realizado en un contexto de revolución informática que debería de haber aligerado notablemente las cargas de trabajo administrativo.

En el otro lado del Atlántico, si analizamos la evolución del empleo en Estados Unidos, vemos que se ha producido básicamente mediante la creación de empresas con menos de 50 trabajadores. Y es que en un mercado libre de trabajo, los empresarios no tienen

miedo de contratar empleados cuyos contratos pueden rescindir sin tener que vender la empresa para pagar las indemnizaciones de despido.

Y además, esas pequeñas empresas tienen que luchar cada día por la supervivencia, al igual que los hombres y mujeres de hace cientos de años, y los ejecutivos no pueden dormirse en un sillón de orejas esperando que les llegue el sueldo a casa. Tienen que ser creativos, innovar su gama de productos y competir con otras empresas del sector cada día.

El cambio de modelo ya se está produciendo en lo que un día se llamó Nuevo Mundo, mientras que Europa continúa con viejos esquemas proteccionistas que hacen perder competitividad a las empresas y que van a provocar que en el siglo actual los europeos, los países que fueron el centro de la tecnología y la creatividad, se conviertan en ciudadanos dependientes de las dádivas de americanos y chinos.

Sería muy triste pensar que el futuro de los españoles para el siglo XXI pase por servir cerveza y aceitunas a los turistas en las terrazas de la costa, porque no se nos ocurre otra cosa que hacer, y hemos ido vendiendo poco a poco las empresas españolas a multinacionales extranjeras para colocar las plusvalías en Deuda Pública a largo plazo y vivir de las rentas.

Las economías europeas, y la española en particular, han sido débiles. Han cedido durante años a las presiones sindicales de fabricar empleo ficticio engrosando el déficit público, creyendo que el Estado del Bienestar se sustentaba en que todos los ciudadanos de un país tuvieran nominalmente un puesto de trabajo aunque no hicieran nada útil para la comunidad.

Los dirigentes de los países occidentales, conscientes del enorme volumen de votos que representaban los trabajadores, de cara a su mantenimiento en el poder, han disfrazado bajo la falacia de la inversión pública trabajos innecesarios, básicamente administrativos, a fin de que los votantes tuvieran una nómina con cargo al déficit público, y que además fuera vitalicia.

En los últimos años, hemos asistido en bastantes ocasiones a situaciones en las que cuando un empresario toma una decisión de cerrar una fábrica improductiva, los sindicatos provocan enormes movilizaciones que, con la excusa de defender el empleo, intentan forzar, o bien que el empresario revoque su decisión, que en muchos casos tiene un claro sentido económico, o bien que el Estado, y por tanto, los demás trabajadores, soporten unos salarios improductivos y que van a generar pérdidas en los años siguientes. Casos como la minería asturiana o algunas instalaciones del golfo de Cádiz son claros ejemplos.

Poco después de que se iniciara la crisis actual, concretamente en los años 2008 y 2009 asistimos a un triste espectáculo en el ámbito laboral. En los momentos más álgidos de la crisis, se producía una destrucción de empleo de 2.000 puestos de trabajo diarios. La

respuesta del Gobierno pactada con los sindicatos “de clase” no pudo ser más asimétrica. Con cargo a los presupuestos de las Administraciones Públicas, (vamos, emitiendo Deuda Pública), se realizó una transferencia de rentas de los ciudadanos que no cambiaron su coche a los que sí lo hicieron del tenor de unos 3.000 € por automóvil, a fin de que se pudieran mantener los puestos de trabajo de las fábricas de coches, donde estaban bien posicionados los sindicatos. Del resto de los sectores o de las legiones de autónomos que perdieron su trabajo o su microempresa, nada más se supo. Simplemente no tenían un “padrino” sindicalista que les ayudara con el Gobierno a mantener su puesto de trabajo. Y así, **cada día** se perdían tantos puestos de trabajo como los que se mantenían ficticiamente en una de las fábricas de coches, sin que nadie hiciera nada.

Los sindicatos “de clase” españoles son una especie de residuo de la Guerra Fría, que no tienen sentido en el mundo actual. Su actuación es básicamente política, y no buscan otra cosa que su supervivencia actuando como una espada de Damocles con un gobierno débil. La amenaza básica es la huelga general; parece como si no supieran hablar de otra cosa: “o haces lo que a mí me conviene o te monto una huelga general”. Pero no se preocupan para nada de los problemas del país, como por ejemplo el enorme desempleo juvenil que ya se encuentra cercano al 45% de la población. Los jóvenes desempleados no cotizan, no pertenecen al sindicato: “que se preocupe el gobierno por ellos”. A ellos les basta con negociar una subvención para mantener el puesto de los empleados de las fábricas de coches. Los demás que se las apañen como puedan.

Es preciso un cambio legislativo en el que se elimine de una vez por todas el claro sesgo político que tienen los sindicatos españoles. Si los señores Méndez y Fernández Toxo quieren influir en el panorama político español que formen el Partido de los Trabajadores y se presenten a las elecciones y de esa manera podremos ver realmente cuál es su representatividad en la vida política y social española. Oficialmente sólo hay un 7% de los trabajadores afiliados a los sindicatos de “clase”, es decir, un 2,5% del total de la población española. ¿Por qué entonces se les considera como los representantes oficiales del colectivo total en cualquier negociación? ¿Nadie representa al 97,5% restante de los españoles?

Mientras que no consigamos tener sindicatos profesionales, tipo el AFL-CIO norteamericano, que negocien con las empresas las condiciones específicas de los trabajadores de dichas empresas, no podremos dar el avance necesario para una reforma laboral plena. Hoy por hoy, UGT y CCOO, anclados en sus famosos “derechos históricos de los trabajadores”, no son más que un obstáculo para la creación de empleo y para la necesaria modernización de España. No podemos competir con otros países con regímenes laborales liberalizados, mientras que en España cualquier empresario tiene terror a contratar un empleado fijo por las indemnizaciones que tendría que pagarle si tuviera que despedirle en el futuro.

Ningún dirigente de los sindicatos anteriores ha puesto el grito en el cielo cuando hemos asistido en los últimos diez años a la **creación de un ejército de becarios**, muchos de ellos licenciados universitarios superiores, sobre todo en las grandes y medianas empresas, a los que se pagan salarios ridículos de 200 o 300 € por jornadas de doce horas, y a los que se sustituye por otros becarios cuando se acaba el período pactado, de forma y manera que se convierten en la fuerza laboral permanente peor pagada de España. Aunque este problema enlaza claramente con el de la enseñanza, que probablemente es uno de los aspectos fundamentales de cara al cambio de modelo al que antes nos hemos referido.

Hoy en día, estudiar una carrera universitaria es algo que puede hacer prácticamente todo el mundo. La universidad ha dejado de ser un reducto en el que sólo los más capacitados desarrollaban su labor docente y discente. La profusión de nuevas universidades tanto públicas como privadas a lo largo del país (sólo en Madrid hay trece universidades), ha hecho que cualquiera pueda tener un título universitario, a lo que habría que añadir que España es uno de los países en los que hay una mayor disociación entre universidad y empresa. Lo que se aprende en la universidad tiene poco que ver con lo que demanda el mundo empresarial.

He aquí, por tanto, otra de las raíces del desempleo juvenil: la estructura de la formación y el nivel de la misma. Se ha hecho un mixto entre formación profesional y universidad, quitando la parte práctica de la primera y bajando el nivel de la parte teórica de la segunda, de manera que un elevado porcentaje de la población juvenil pueda decir que tiene estudios universitarios, y cuando se llega al mundo de la empresa, y como es lógico, no hay suficientes puestos para universitarios, por lo que los licenciados tienen que aceptar cuando pueden cualquier tipo de trabajo para el que no es necesario, ni mucho menos, la formación recibida.

La enseñanza universitaria y de postgrado ha devenido en industria, una industria que proporciona trabajo a muchas personas que lucen una tarjeta de profesor, titular, catedrático o “showman” de escuela de negocios. Da lo mismo lo que se les enseñe, lo importante es el título. Y se ha disminuido notoriamente el nivel de exigencia, de manera que cuantos más jóvenes tengan un título, más clientes tendrán las instituciones académicas. Se invierte mucho dinero y tiempo en aprender lo que luego no sirve para trabajar. Se transmiten muchos conocimientos teóricos a cargo de los presupuestos generales del Estado, que luego no son utilizados.

El futuro que nos espera.- El mundo que tenemos es el que nos hemos forjado y no es posible dar marcha atrás. Lo que sí es posible es reflexionar sobre qué es lo que tenemos que hacer para que no se nos venga abajo el inestable entramado socio-económico en el que nos movemos cada día.

Hemos de tener en cuenta que las economías occidentales parten de una situación explosiva en materia de déficit público acumulado, y lo que es peor, de déficit que se genera año a año, además de una gran masa de trabajadores no cualificados en paro.

Ello supone que si se intentan tomar decisiones drásticas, la rebelión social o los movimientos especulativos de los mercados, pueden abortar cualquier esperanza de estabilización y recuperación.

Probablemente el déficit público esta siendo y será el caballo de batalla del siglo XXI. El endeudamiento generalizado de las economías occidentales ha provocado la incapacidad de muchos gobiernos para devolver las deudas emitidas. La única forma de que no cunda el pánico y se produzca la quiebra del sistema monetario internacional es que se realice una contención drástica del déficit público.

El previsible aumento de las clases pasivas, debido al envejecimiento paulatino de la población en los países occidentales, va a ser un factor negativo claramente condicionante de la evolución del déficit público. La única forma de evitar problemas de desconfianza en las deudas del Tesoro es realizar una profunda contención del gasto corriente y mantener bajos los tipos de interés, a fin de disminuir el déficit en su componente financiera.

Las décadas de debilidad y de comodidad política han dado paso a una situación desastrosa en las cuentas públicas. Si se mantiene la deuda en los niveles actuales, el mero paso del tiempo y la consiguiente inflación harán que la deuda emitida pierda peso relativo sobre los presupuestos generales de los Estados, y la confianza en los títulos por ellos emitidos podrá mantenerse.

Sin embargo, hemos de tener en cuenta que el déficit público, considerado como variable macroeconómica, ha perdido su capacidad como elemento dinamizador de una economía en recesión mediante el incremento de la inversión pública o incremento de las subvenciones y subsidios. Con el elevado volumen acumulado, un nuevo incremento sería insostenible tanto para las finanzas públicas como para los mercados de capitales.

Ya hemos comentado con anterioridad la importancia que tiene para nuestro futuro el que cambiemos la forma de pensar y que volvamos a nuestros orígenes, que olvidemos la revolución industrial y nos consideremos como ciudadanos europeos, capaces de asumir riesgos, de luchar por nuestra dignidad como seres productivos, creativos e innovadores. Es preciso apartar a los que actúan como parásitos sociales, en vez de ganarse la vida con su esfuerzo, y a los que intentan defenderlos en base a una teórica justicia social. No hay nada más injusto socialmente que ver a la hormiga trabajando día y noche, sin descanso para alimentar a una cigarra que ni trabaja, ni quiere trabajar, ni sabe trabajar, ni quiere que le enseñen a trabajar.

En algunos momentos ha habido propuestas de los sindicatos “de clase” para el reparto del trabajo entre los trabajadores, pero no son realistas. El trabajo masivo y no cualificado, que sería el único susceptible de ser repartido, es precisamente el que se puede sustituir por robots y máquinas en general, con lo que la solución no pasaría de ser un parche que acabaría por volver a descoserse. Y es que el trabajo cualificado no

puede ser repartido. Cuando un profesional está desarrollando un proyecto, es él y sólo él el que conoce al detalle todos y cada uno de los aspectos del mismo. No puede compartirlo con alguien que desconoce lo más elemental de dicho trabajo.

Por otro lado, aunque hubiera trabajos que pudieran ser repartidos, nadie puede obligar a los que lo poseen a cederlo a los parados. Se estarían conculcando los principios básicos de la libertad individual, y esta iniciativa no pasaría de ser un efecto escaparate sin ningún futuro.

El previsible marco estructural en el que se podría desenvolver el siglo XXI se basaría en grandes corporaciones multinacionales dominando el aparato productivo industrial, realizando la fabricación en países subdesarrollados o en vías de desarrollo a fin de abaratar los costes de producción, mientras que las decisiones se toman en Europa, Japón o Norteamérica. Como complemento a estos entres supranacionales, habría un amplio entramado de pequeñas empresas de servicios auxiliares que actuarían como soporte de las grandes corporaciones, facilitándoles puntualmente labores de consultoría, logística, distribución, etc.

El proceso de gestación de este modelo empresarial ya ha comenzado y tardará varias décadas en desarrollarse. Iremos asistiendo paulatinamente a procesos de concentración empresarial en las grandes industrias, buscando economías de escala y sinergias, mientras que los trabajadores que van perdiendo su empleo, o que tienen dificultades para lograrlo, van formando pequeñas empresas familiares, o asociaciones entre varias personas que tienen cualificaciones complementarias, en aras de configurar ese mapa de pequeñas empresas de servicios a las que antes nos hemos referido.

Evidentemente, los mercados serán los suficientemente competitivos para expulsar de ellos a entidades ineficientes. La productividad será la base de las relaciones mercantiles, con dichas dos versiones claramente diferenciadas:

- Un modelo de gestión compleja, sustentado por una tecnoestructura plurinacional y una organización descentralizada, con una clara diferenciación entre la propiedad y la gestión de la empresa y un amplio entramado de filiales y subfiliales, diseñadas a medida por la alta dirección, buscando como premisa básica la optimización fiscal del grupo consolidado. Obviamente se correspondería con la gran corporación multinacional.
- Un modelo de gestión sencilla, en el que se conjugarían la propiedad, la gestión y el trabajo en un pequeño número de personas, que pondrían en común su esfuerzo para fabricar un producto o prestar un servicio especializado, bien a particulares, bien a las grandes corporaciones.

Está claro que en este esquema no tienen cabida las empresas públicas subvencionadas, productoras de pérdidas eternas. En los próximos años asistiremos a

un proceso continuado de privatizaciones de empresas públicas, quedando únicamente algunas entidades de servicio público en manos estatales.

Las grandes corporaciones basarán su estrategia en la capacidad productiva, sinergias de marca, acceso a numerosos mercados, discriminación por países en materia de instalaciones y capacidad para mantener un precio adecuado para sus productos, habida cuenta de la práctica imposibilidad de existencia de empresas competitivas en el mismo mercado.

Las pequeñas empresas auxiliares de servicios tendrán que concentrarse en mercados cautivos o trabajar con un contrato de exclusividad para una gran corporación. Su fuente de beneficio estará claramente definida por su pequeña estructura y consiguientes bajos gastos generales, y su capacidad de generar un elevado valor añadido, habida cuenta de su carácter familiar o asociativo.

En cualquier caso, los sistemas de gestión empresarial se irán armonizando, hasta llegar a un estilo estandarizado de dirección y gestión de empresas, de manera que el beneficio no vendrá por las diferencias de gestión, sino por la creatividad, publicidad, innovación y desarrollo de nuevos productos. Se tenderá, pues, a una mayor protección de los derechos de autor y a una mayor inversión en investigación y desarrollo.

En lo que respecta a la tan manida reforma laboral, es preciso abordar de una vez por todas la diversidad de los sujetos, empresas, sectores y tipos de trabajo en los que se desarrolla la actividad productiva, amén del diferente coste de la vida que tiene cada ciudad, lo cual invalida ese principio básico del convenio nacional que defienden a ultranza los sindicatos “de clase” (por ejemplo, un sueldo en Lugo supone el doble de capacidad adquisitiva que el mismo sueldo en Madrid). La diversidad a la que nos hemos referido tiene que plasmarse en la existencia de diferentes contratos de trabajo dependiendo de la edad, la experiencia, la función a desarrollar e incluso del deseo o no de recibir indemnización a la finalización del contrato.

Se debe tender a la negociación bilateral entre las dos partes: la empresa y sus trabajadores. Para ello no hacen falta sindicatos con convenios universales. Como hemos dicho, las condiciones de vida son diferentes en las ciudades, y la situación de las empresas también es diferente. No es lo mismo trabajar para una empresa boyante que no para de dar beneficios, que para una empresa que lucha por evitar el procedimiento concursal. Por tanto, los sueldos no pueden ser los mismos, y es el comité de empresa de la compañía el que debe negociar de forma independiente las condiciones que deben tener los trabajadores.

Los empresarios españoles también deben pensar cuál es su función en la sociedad. El valor añadido del empresariado no puede convertirse en un simple incremento de precio del producto, que previamente han comprado o producido en algún remoto lugar de Camboya o de Vietnam. Ese modelo “fenicio” de empresario que compra por

10 y vende por 15, tan habitual en la economía española no tiene ni puede tener futuro. Los fallos de mercado son siempre corregidos por el mismo mercado. El modelo de comerciante a ultranza será devorado por la globalización y por los canales alternativos tipo Internet.

También debe olvidarse ese modelo de empresario que crea una empresa “ad hoc” que sólo va a tener como cliente a las Administraciones Públicas, porque tiene “contactos” con determinados políticos. Esa situación es inestable por su propia naturaleza, y de nuevo tenemos que cuestionar si podemos calificar de empresario a quien realiza este tipo de actividad.

Muchas veces hemos escuchado y nadie ha desmentido que el futuro del país estaba en el desarrollo del I+D+i, lo cual queda muy bien para dar un discurso. El problema se suscita cuando llegamos a su aplicación práctica, es decir, **cuando las ayudas para I+D+i se transforman simplemente en una transferencia de rentas de los ciudadanos a las grandes empresas**. De hecho, existen muchos consultores especializados en conseguir estas subvenciones, que se han convertido también en una “industria”.

El problema radica en la exigencia de aval que anula el proceso de ayuda a los innovadores. Sólo las grandes empresas tienen avales de los bancos. Por ello, cuando alguien presenta un proyecto y se le adjudica un préstamo sin interés a siete años, para recibir el dinero tiene que presentar un aval bancario; cuando el innovador se acerca al banco a pedir el aval, se le indica que tiene que depositar como garantía la misma cantidad del préstamo para que le den el aval; cuando el afectado indica que si tuviera el dinero no pediría el préstamo, el banco se encoje de hombros, y el Ministerio de Ciencia e Innovación le anula el préstamo por no haber cumplido con la normativa vigente.

En paralelo, grandes empresas como por ejemplo Telefónica, presentan proyectos de innovación y consiguen financiación sin interés a largo plazo, cuando no utilizan como aval Deuda Pública al 5% de interés como garantía, la cual compran con el dinero que les presta el Estado, con lo cual hacen una operación financiera pagando el 0% y recibiendo el 5% de interés en las operaciones que realizan. Esto es, por tanto, una operación financiera, no una ayuda a la innovación, y se hace con los recursos públicos de todos los españoles.

Los políticos tratan de otorgar todas estas ayudas, subvenciones y préstamos sin interés para que parezca que ayudan a los pequeños empresarios innovadores, pero lo cierto es que, en su mayor parte, el dinero acaba en las grandes empresas. Si queremos que realmente se investigue y España se desarrolle tecnológicamente, es preciso que el dinero llegue a quien realmente lo necesita para desarrollar sus proyectos. Claro, eso exige que los funcionarios de turno tengan criterio para elegir qué proyectos deben tener financiación estatal y qué proyectos no, es decir, que el Estado se convierta en una entidad de capital-riesgo. Desde luego, hoy en día eso no

tiene visos de realidad, aunque sería preciso explorar las posibilidades de este modelo de cara al futuro.

Conclusiones.- En nuestra opinión, estamos asistiendo al nacimiento de una nueva era económica. Y como ocurre siempre que un ciclo termina y otro nuevo empieza, se producen tensiones provocadas por el necesario ajuste y el choque de mentalidades entre los innovadores y los que continúan con la inercia del modelo que desaparece.

En el pasado, los grandes cambios conducían inevitablemente a guerras de poder que finalizaban de manera cruenta. Hoy en día, las guerras de poder continúan existiendo pero las batallas se realizan mediante decisiones económicas y empresariales en lugar de con bombas y rifles. Alemania y Japón son dos claros ejemplos de países que perdieron una guerra con armas convencionales y ganaron la postguerra con armas económicas.

Nunca ha habido una población tan enorme en el planeta, ni una relación tan amplia entre sus miembros, apoyada en el elevado desarrollo de las telecomunicaciones. La civilización del consumo ha hecho que millones de personas conozcan el modelo occidental de vida y tiendan hacia él. La pregunta es cómo con recursos escasos se pueden lograr las utopías del pleno empleo y el Estado del Bienestar para todos los ciudadanos del planeta.

En las últimas décadas hemos visto cómo, para mantener ese Estado del Bienestar, ha sido preciso que los Estados occidentales asumieran una deuda excesiva, que se sostiene sólo con la confianza de los inversores en que esa deuda será pagada. Está claro que habría que emitir mucha más deuda para lograr que en el siglo XXI se consiguiera ese utópico Estado mundial de bienestar.

Lo que sí creemos que está claro, al menos en los países desarrollados, es que un esquema de trabajo masivo y escasamente retribuido como el que se produjo a partir de la revolución industrial no tendrá cabida en el futuro marco de relaciones sociales, económicas, laborales y políticas.

Entendemos que en Occidente la cohabitación entre grandes corporaciones multinacionales y pequeñas empresas, básicamente de servicios auxiliares de alta tecnología para dichas corporaciones, dará a luz un modelo estable de relaciones comerciales internacionales en el que la competitividad será la norma básica de conducta. Con ello se conseguirá una civilización floreciente en la que los ciudadanos occidentales aportarán cada día sus conocimientos y su inteligencia para ganarse la vida.

En suma, nuestro futuro, será un mundo en el que, si bien no nos libramos del denominado pecado original, sí que podremos estructurar una vida equilibrada entre la formación, el trabajo y el ocio, de tal manera que el nivel de vida de la persona sea

directamente proporcional a su inteligencia, esfuerzo y capacidad de trabajo, independientemente del número de horas que tengan que dedicar a ello. Un mundo en definitiva, en el que la revolución industrial se haya olvidado para siempre.